

A nuestro corazón de piedra

Vivimos tiempos difíciles, en que la corrupción se ha convertido en una enfermedad endémica, que termina atravesando todos los estamentos sociales.

Claro que cuando uno habla de este modo, al generalizar, se pierde el foco de la individualidad. Y comenzaré hablando de mí mismo, para confesarles a los lectores que también tengo mis ídolos, también he sido infiel al Señor, haciendo que aquel llamado que tanto Él reitera a la fidelidad, me confronte con mis propias falsedades, con mis propias traiciones, con mi propia corrupción.

Al traicionar a mi Dios y Señor me estoy traicionando a mí mismo, a lo que anuncio que es mi fe, a lo que proclamo como mis principios, a lo que predico.

El mundo espiritual percibe mis falsedades y eso convierte mi actividad ministerial en una tarea hueca, que no ayuda en la tarea de evangelización.

Me pregunto cuántos de los que nos llamamos Iglesia de Cristo, pasamos de una u otra forma por procesos similares.

Me pregunto si esta corrupción espiritual no ha afectado la tarea de la Iglesia.

Me pregunto si esta corrupción espiritual no ha traído también corrupción material, con lo que la sociedad toda en la que interactuamos se ha visto infectada por el mismo virus.

Ahora vemos las consecuencias, atravesándonos. Vemos cómo miles... ¡millones! Están alejándose de Cristo producto de esta máscara que portamos en el rostro queriendo mostrar lo que no somos. Repasando el Pentateuco y a partir del pacto de Sinaí hacia toda la Escritura, vemos un intento permanente de Dios por buscar la fidelidad de Su pueblo. De quienes se identifican con su nombre y se dicen "elegidos".

Más de 5000 años han pasado y no aprendemos.

Pensamos que aquellos dichos que tantas veces se repiten en el texto bíblico son historias pasadas, relatos de hombres. Sin embargo, tienen plena vigencia hoy, y Él sigue hablando con las mismas palabras.

Creo que es tiempo de revisarnos, porque en buena medida somos responsables de lo que vemos en los demás. Con nuestras omisiones, con nuestros silencios, con nuestras prédicas vacías de contenido espiritual, no hemos sido los Atalayas que estamos llamados a ser.

De nuestra boca no salió la voz profética de este tiempo.

Hemos recibido el mensaje, pero no lo hemos transmitido... porque estábamos sucios de la misma contaminación que debemos denunciar.

Estas palabras escritas por el profeta Ezequiel tienen 2600 años. Pero me hablan y te hablan.

Ezequiel 36:23 al 27 Daré a conocer la grandeza de mi santo nombre, el cual ha sido profanado entre las naciones, el mismo que ustedes han profanado entre ellas. Cuando dé a conocer mi santidad entre ustedes, las naciones sabrán que yo soy el SEÑOR. Lo afirma el SEÑOR omnipotente. Los sacaré de entre las naciones, los reuniré de entre todos los pueblos, y los haré regresar a su propia tierra. Los rociaré con agua pura, y quedarán purificados. Los limpiaré de todas sus impurezas e idolatrías. Les daré un nuevo corazón, y les infundiré un espíritu nuevo; les quitaré ese corazón de piedra que ahora tienen, y les pondré un corazón de carne. Infundiré mi Espíritu en ustedes, y haré que sigan mis preceptos y obedezcan mis leyes.

¿Me incluirán estas palabras? ¿Tendrán también que ver contigo?

¿Estaremos incluidos entre aquellos que serán reunidos de entre todos los pueblos para regresar a nuestra propia tierra, SU tierra?

Por lo pronto, hoy delante de mi Dios y delante de todos ustedes que leen, abro este corazón de piedra para pedirle a mi Padre que ponga en él un corazón de carne. Me arrodillo ante Su presencia para ser rociado con el agua de purificación.

Te invito a hacer lo mismo, a renunciar a voz en cuello (para que el mundo espiritual se entere) a tus idolatrías. A permitirle al Señor que examine tu corazón y vea si hay en él camino de perversidad. Sólo así la fuerza de la Iglesia de Cristo tendrá la fuerza para cambiar la realidad de cada alma en un mundo que cae día a día bajo el propio peso de su decadencia moral y espiritual.

Dios te bendiga.

Pastor HÉCTOR SPACCAROTELLA